

Manuel Rojas, el gran escritor chileno que obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1957, acaba de escribir una nueva novela titulada *Sombras contra el Muro*.

Sombras contra el Muro, que la Editorial Zig-Zag publicará en breves días más, corresponde cronológicamente a la segunda época de la vida de Aniceto Hevia, el protagonista de "Hijo de Ladrón".

Lo más notable de esta nueva novela de Manuel Rojas —cuyas primeras páginas del capítulo inicial reproducimos— es su técnica, sus pasos de primera a tercera persona y de un tiempo a otro, que la sitúan en la avanzada de la novelesca chilena.

EL AGUA está fríasima, y las manos, heridas por la soda cáustica, duelen; las siente enormes: así deben de ser las patas de los osos polares, pero los osos habrán tenido tiempo, en miles de años, para acostumbrar sus patas a pisar en el hielo y en las rocas. El no es oso y no está acostumbrado ni preparado para nada.

—¿Por la *matro*!

El pintor se inclina y Aniceto ve el bigotito rubio, los ojos y su expresión de perplejidad, pues es miope, présbite, hipermetrope y todo lo que se puede ser, y la piel rosada y el pelo dorado.

—¿Qué le pasa.

—Se me cayó la *pentri*lo.

Es un pincel del más fino pelo, camello, nutria, una herramienta para filetear, y nadie podría explicar cómo este hombre, que no ve casi nada, puede trazar, con ese *pentri*lo que apenas se ve, un filete que se ve apenas.

—Parece que ha avanzado mucho en estos días.

—*Esperanto está idioma internacia*.

Hay una hilera de coches y debajo de cada uno un aprendiz que apomaza la caja o la lava con soda cáustica, preparándolos para la pintura. El agua corre por el brazo, llega hasta el codo y gotea hacia el suelo o empapa la camiseta. Al menor descuido moja hasta la cintura. Es un trabajo incómodo, que no domina, pues sólo sabe pintar muros, puertas y ventanas; no hay esa clase de trabajo y le ofrecieron éste y tuvo que aceptar.

El esperantista sabe todo el oficio. Traza filetes y aceita, barniza o pinta cualquier cosa.

—Cómo anda el asunto.

—*Bona*. ¿Y el suyo?

—Estoy helado de frío.

—*Malbona*. ¿Le gustaría ser *milionulo*?

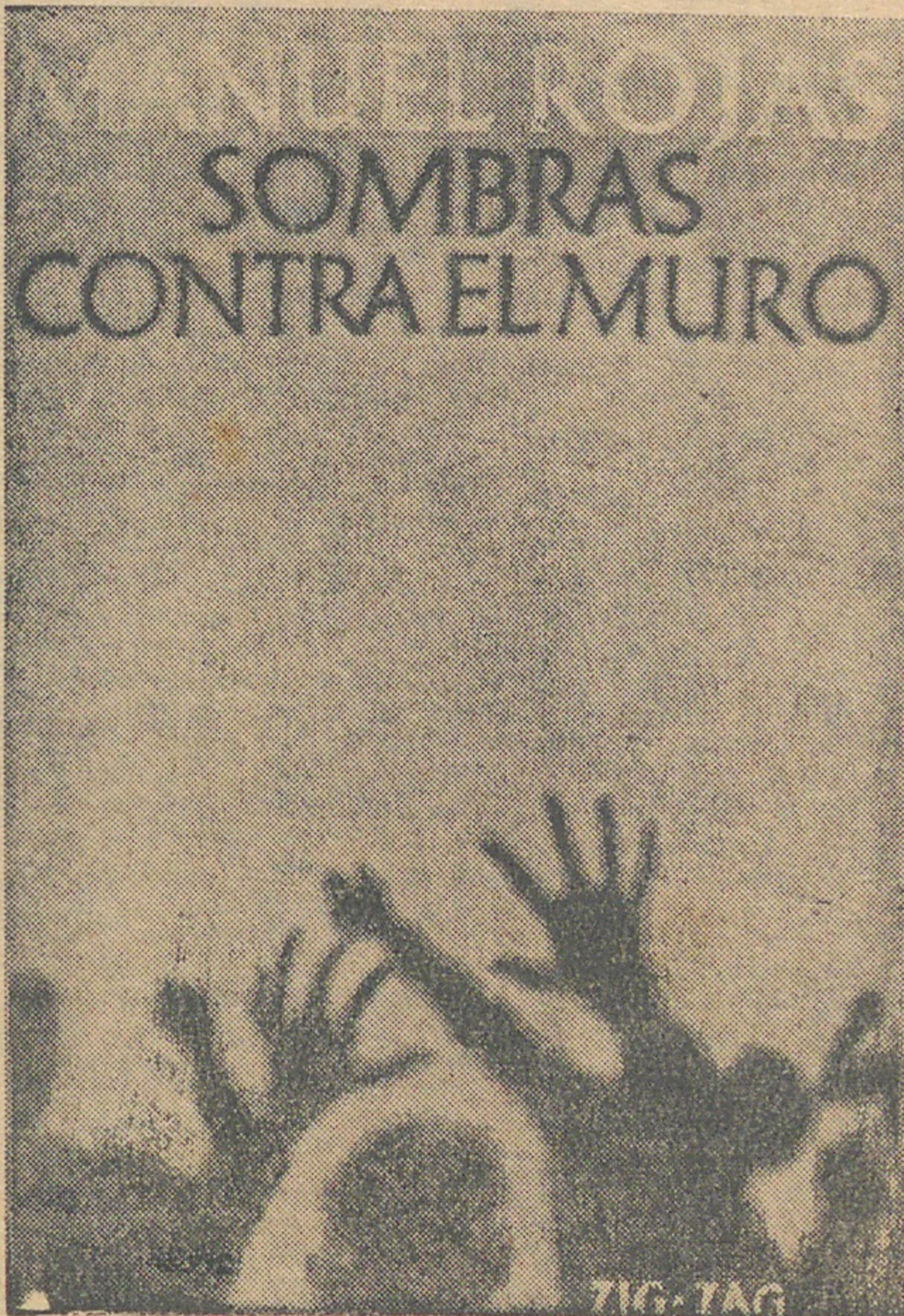
—¿Quéeee?

—*Milionulo*: millonario.

Me conformaría con tener un trabajo bueno y ganar lo suficiente.

—Ya vamos saliendo del invierno. Cuando pase la primavera buscaremos otra cosa.

Habla como El Filósofo. ¿Todos los pintores son iguales? Este es anarquista, pesimista el otro, aquél es chileno y éste español; los dos, sin embargo, esperan el buen tiempo; la ciudad sólo sirve para el invierno. El Filósofo estará también preparándose para partir. Lo hará solo o con algún compañero adquirido durante el invierno. Siempre llega alguien buscando trabajo u horizontes; los conoce y les habla:



—¿Lo persigue el león?

Es decir, el hambre, la soledad. Ya no podrá irse con Cristián, el ladrón derrotado por sí mismo y por la policía. Desapareció, como solía desaparecer, pero no volvió, como solía. Lo buscaron por las playas, por los cerros, por las quebradas.

—¿Dónde estará.

—No se le habrá ocurrido salir de Valparaíso.

—No. Le tiene miedo a lo desconocido; es conservador. Está acostumbrado a los conventillos y a los calabozos del puerto. Salió una vez conmigo, antes de que tú llegaras, y otra contigo y yo; nunca había salido antes.

Fueron a las comisarias y retenes: nada. A la Asistencia Pública: nada. A los hospitales: nada. Sólo queda un lugar: la Morgue. Ahí está. Está desde días atrás y no tiene reclamantes. Irá a la fosa común.

—¿Quiéren llevarse lo?

—¿Qué haríamos con él?

—¿No tienen para un entierro?

—Ni vendiendo los zapatos juntaríamos para el cajón.

La bala le dio en la boca y quizá le arrancó los incisivos. Los labios, hinchados, no dejan ver nada; la sangre, además, lo tapa todo. Tiene los ojos abiertos y Aniceto descubre, en esas pupilas muertas, un reflejo que no vio en los ojos vivos, un reflejo de color azul, casi celeste. ¿Algo, adentro de él, correspondió a ese reflejo y, cómo ese reflejo, nunca fue visto?

—¿Qué hacemos?

Aniceto siente una gran congoja y Echeverría tiene el bigote como si se le hubiese agostado con alguna helada.

—¿Qué vamos a hacer? Cuando ves un perro o un gato reventado, ¿piensas en lo que vas a hacer? Cristián es uno de esos gatos. Los basureros se hacen cargo de ellos.

Sombras contra el muro

—¿Pero quién lo mató?

—¿Quiénes matan a los perros y a los gatos? Lo sorprendieron cuando quería abrir una puerta o una ventana y le dispararon a boca de jarro, de seguro muertos de miedo. La policía no lo averiguará, nosotros no podemos, ¿y qué sacaríamos? Hay muchos hombres y muchas mujeres que están dados de baja antes de que desaparezcan. Son demasiados y ocupan sitio, comen, respiran, se reproducen por millares. Si alguien mata uno, es casi un benefactor.

Se fueron. El Filósofo monologó durante largo rato y su tema fue, más que Cristián, el material humano perdido, ese material que nadie se preocupa de preparar para que sirva de algo. Hay tanto. Se aprovecha el mínimo, lo que trae alguna defensa, propia o de la familia. Lo demás, que podría servir si alguien se ocupara de ello, va a la fosa común. Oyéndolo, Aniceto siente terror, y el recuerdo de Cristián, de su vida y de su muerte, hace crecer ese terror. Echeverría salvó del hambre a Cristián y también lo salvó a él, pero no pudo ni podrá hacer nada más: salir a trabajar en la primavera y regresar en el otoño, pasar en la ciudad, en la pieza de algún conventillo, el invierno, alimentándose con los desperdicios que el mar arroja en la caleta de El Membrillo, y soñando, entretanto, con una buena comida, con una buena cama, quizá con una mujer, ¿qué mujer? Debe irse, desaparecer, antes de que el hábito lo transforme en un ser que teme a lo desconocido, como Cristián. Aunque quién sabe si la muerte de Cristián no fue sino el resultado de la impresión que Alberto y Guillermo causaron en él. Sí. ¿Por qué, alguna vez, no podría ser como ellos, resuelto, hábil, limpio? ¿Por qué, algún día, no podrá tener un gran revólver Smith y Wesson con un resplandeciente cañón y seis balas en la neuz, o una Colt del 12 con un cargador repleto, y hablar de los bancos que se pueden asaltar y de los automóviles que se pueden robar? Entonces quizá la policía lo respetara un poco, hasta, tal vez, lo temiera.

El hombre levantó la cabeza y miró a los tres hombres, a Cristián, a Aniceto y a El Filósofo.

—Hola, Filósofo, cómo te va —murmuró.

—Bien; y ustedes —contestó Alfonso, sin mu-

cho entusiasmo. Pareció querer significar que a todos les iba mal y que no valía la pena preocuparse de ello.

—Pasando. Siéntense.

La voz es ronca y desapacible y la cara del hombre es como su voz, de una fealdad sin tapujos; unos ojos pequeños y claros miran como desde muy lejos, ocultos bajo unas cejas que parecen querer disimular la prominencia que el frontal extiende sobre los tableados pómulos; la boca, desmesurada, deja ver una dentadura maciza; la nariz es ancha rro en la jeta.

—¿Qué cuentas, Ronco. ¿Siempre con la lezna y las tachuelas?

—Estas tachuelas me tienen loco —asegura El Ronco—. Son chicas y se me meten en los agujeros de las muelas. Cada vez que me enjuago la boca salen tres o cuatro. Con razón tengo gusto a fierro, en la jeta.

Ríe, roncamente también. Las cuerdas vocales pueden tener, como las muelas, caries.

Se sientan en unos desvencijados pisos de tatora. Hay allí otros dos hombres. Uno cose un zapato; el otro clava tachuelas, que saca de la boca. Para unir la suela con el cuero tira con unas pinzas.

—¿No conocen a los amigos? —pregunta Oscar, El Ronco, señalando con la mandíbula inferior a sus compañeros de trabajo.

—No tengo ese gusto —afirma, con gentileza, El Filósofo—. Hace tiempo que no vengo por aquí.

El Ronco rebana con un corto cuchillo las jetas que el cuero forma al ser unido a la plantilla por las tachuelas; es un zapato de mujer.

—Sí, has estado perdido. ¿Sigues machucándolas en la caleta de El Membrillo?

—Sí —responde Alfonso—, sigo dedicado al comercio minorista.

Ríe y El Ronco lo acompaña con un cuchicheo que pretende ser una risa.

—Estos dos amigos están aquí desde hace unos meses.

Tal vez esperan, también, que pase el invierno. Oscar señala a uno de ellos.

—Don Pedro Ansietá. En sus buenos tiempos le pegaba a la cerrajería.

Ansietá mira: es un hombrecillo canoso, ya de edad, de cara redonda y bigote gris. No chista. El otro hombre, con la cabeza inclinada, echa cera al hilo. Su cara denota que espera que se hable de él.

—Este otro amigo —continúa El Ronco— es del norte, don Antonio Cabrera; por allá hay gente que lo recuerda y que tiene muchas ganas de verlo. Es cerrajero también, le hizo empeño a los zapatos mientras estuvo en la canasta.

Vuelve a cuchichear una risa.

Aniceto, Alfonso y Cristián entienden que los dos hombres son ladrones, que uno de ellos, Ansietá más bien lo fue, y que el otro sigue siéndolo y que aprendió en la cárcel el oficio de zapatero. Cada uno los mira de diferente manera: con curiosidad, con interés o con indiferencia. Echeverría, aunque explica a los ladrones, no tiene por ellos ninguna admiración; Aniceto se interesa como un hijo de ingeniero puede interesarse por un ingeniero encontrado en algún país extranjero —¿es usted ingeniero de minas?, mi padre también lo fue—; y Cristián, por su parte, sentirá la curiosidad del que contempla a otro de su mismo oficio y se pregunta cómo le irá o cómo le ha ido. En este caso la respuesta está a la vista: bastante mal.

—Muy buenos antecedentes —comenta Echeverría.

Todos rien. Una mujer rubia, un poco gorda, entra al cuarto secándose las manos con el delantal y va hacia donde se ve algo que puede ser una cuna. Levanta un trapo que hace de velo y mira. El niño, si es un niño el que hay ahí, duerme aún. La mujer se va. El cuarto entra en penumbra y Aniceto sabe que dos o más personas han llegado y están de pie en la puerta o asomadas a la estrecha ventanita que da al patio del conventillo. Todos tienen un pequeño sobresalto y Oscar levanta vivamente la cabeza.

—Hola —murmura, sonriendo.

(Desde muy joven hizo ejercicios gimnásticos,



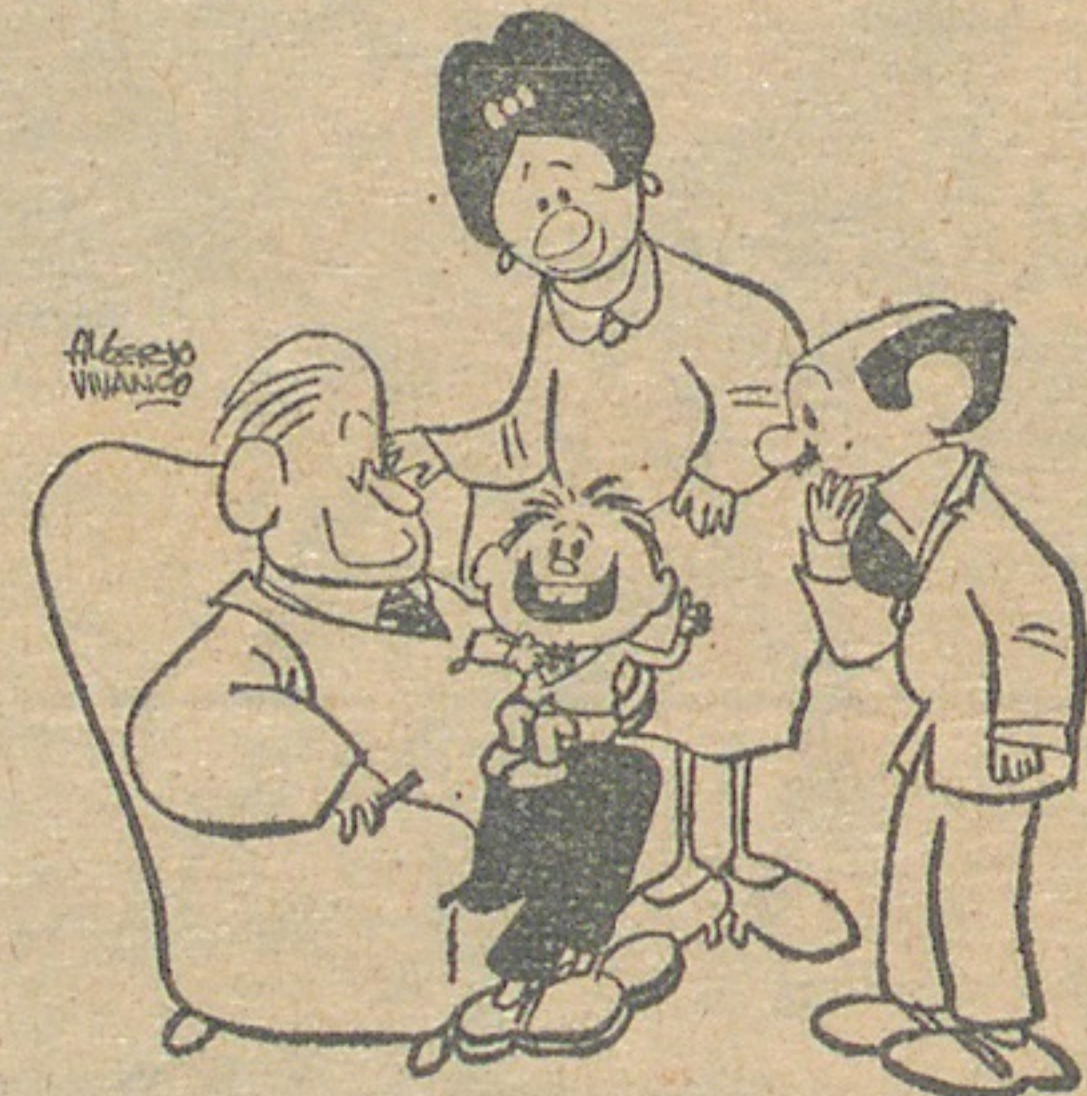
por Manuel Rojas

correr saltar, respirar, uno, dos, uno, dos, correr más ligero, saltar más alto, respirar más profundamente, todo por gusto, el gusto de correr más ligero, saltar más alto, respirar más hondo. Adquirió rapidez y elasticidad, además de un ancho y alto pecho. Ya era algo. Mientras, oyó hablar, a los compañeros y amigos de su maestro, al maestro mismo, de libertad y de explotación del hombre por el hombre, de amor libre y de una sociedad sin clases y sin gobierno. También le gustó. Repitió todo al padre, que era albañil, jugador de rayuela y demócrata, y el padre le preguntó si había comido caca. ¿Cómo puede haber una sociedad sin clases y sin gobierno? ¿Quién elegiría a los diputados y a los senadores? ¿Quién pagaría los votos? La madre no dijo nada, nunca decía nada, no tenía tiempo; lavaba, hacía de comer y, a veces, trabajaba de sirvienta. Alberto se fue del hogar, una pieza redonda, sin cocina y sin excusado, en un conventillo; ése era su hogar, el hogar de muchos. No entendía gran cosa de lo que hablaban su maestro y los amigos de su maestro, pero, ¿por qué no podría haber alguna vez un lugar en que se trabajara poco, en que no hubiese policías, militares ni patrones y en donde se hiciera mucha vida al aire libre y mucho ejercicio? Un poco por la influencia de esas ideas y otro poco porque su cuerpo se desarrolló bien, adquirió aplomo, más que aplomo, arrogancia y un sentido de independencia que habría irritado a alguien cuya arrogancia estuviese respaldada por el dinero, el poder o la familia; Alberto era zapatero y eso no es motivo para sentirse independiente ni arrogante, sobre todo si no se es más que oficial de zapatero. ¿Qué significa que un clavador de tachuelas, por más que haya oído mentar al Superhombre y hablar de libertad, hecho ejercicios y desarrollado bien su cuerpo, mire con desprecio al dueño de una fábrica, al mayor de ejército, al obispo y al policía? ¿Dónde se ha visto? Había otros muchachos y esos otros muchachos habían oído también hablar de libertad y de la explotación del hombre por el hombre; algunos hacían también ejercicios y también les gustaba la vida al aire libre y todos se reunieron y hablaron y aprendieron cancio-

nes revolucionarias y cantaron. Algunos pensaban más en los demás que en ellos mismos, pero otros, como Alberto, pensaban más en ellos mismos que en los demás. Por ese primer tiempo enamoró a una mujer joven, buena moza, gordita; la hizo su amante y siguió hablando de libertad. No andaba tan bien vestido como ahora; un oficial de zapatero no tiene muchas probabilidades de andar bien vestido. La Rosa María era sirvienta y cuando no tenía dinero, ella le daba algo, y él, agradecido, la metía a su cuartucho y se acostaba con ella; quedó embarazada. Así era el amor libre. Y habría seguido mal vestido, arrogante e independiente, aunque inofensivo, si una noche, después de una velada literario-musical, predilecta de los que hablan de libertad, del Superhombre y de una sociedad sin clases, no hubiese ido con dos amigos a un parque público, en donde se sentaron, primero en un banco y después en el césped, rompiendo en seguida a cantar. Era verano, una fresca noche de verano, y estaban llenos de todo y hambrientos de todo, llenos de deseos, de ilusiones, de buenas intenciones, pero sin poder realizar nada y sin haber comido más que unas miserables papas o porotos. Querían ser muchas cosas y no eran nada o querían que los demás llegasen a ser algo y los demás no podían, igual que ellos, llegar a ser algo. Atraída por los cantos, apareció, entre los árboles, una sombra. "Cuidado", murmuró Alberto; "Cuidado", dijo Ricardo, y el tercero, Antonio, aunque no dijo nada—era tartamudo y prefería hablar poco, aunque le gustaba cantar; cantando no tartamudeaba—, adoptó una actitud cuidadosa. "¿Qué están haciendo aquí?", preguntó el recién llegado, un policía. "Estamos cantando". "Este no es un sitio para cantar". "¡Bah! ¿Por qué?". "Es un parque público". "Bueno, si es un parque público, ¿por qué no se puede cantar?". Cuando el policía se habituó a la poca luz descubrió que se trataba de muchachos o muchachones mal vestidos, tal vez trabajadores, quizá maleantes—las personas decentes no andan mal vestidas—. "Ya, ya, se van..." "Pero, ¿por qué?" "Porque éste no es un lugar para cantar y... porque a mí me da la gana. Ya, ya, se fueron". Se levantaron refunfuñando y el policía creyó oír u oyó, entre los refunfuños, una palabra dura. Estiró un brazo y quiso tomar a uno, pero andaba con mala suerte: era Alberto. El rechazo fue recio y, entonces, creyó que, en verdad, se trataba de maleantes y enarboló el palo y pegó, y cuando oyó, ya en voz alta, que lo insultaban, avanzó y quiso pegar de nuevo y con más fuerza; mas lo esquivaron y recibió un golpe en el pecho. Todo fue muy rápido y todo era una advertencia, pero no se dio cuenta de ello y sacó el revólver y disparó, al aire, por supuesto. ¿Qué se imaginaron los muchachos, uno de ellos, por lo menos? El policía no alcanzó a saberlo. Un bulto se le acercó y una mano más dura de lo que habría supuesto golpeó contra su vientre y algo le dolió más de lo que era soportable. Soltó el revólver y el palo y se dobló y cayó de rodillas, y después, de lado. Ay, por la misma... Al atravesar el puente del río, apareció otro policía con otro palo y otro revólver: había oído el disparo y vino a saber qué pasaba. Tampoco alcanzó a saberlo. Vio correr a unos hombres y quiso detenerlos: y tomó a uno y forcejó con él, pero también estaba con mala suerte: una dura mano golpeó contra su vientre y, tal como el anterior, se dobló y cayó de rodillas, no sobre el pasto, más blandito, como el otro, sino sobre los duros adoquines. Ay, Señor, por Diosito. Llegaron más policías con más palos y otros revólveres y Alberto y Antonio fueron detenidos. "Dime quién apuñaleó a los policías". "No no no no sé, señor. Sentí un balazo y me dio miedo y arranqué. Entonces me detuvieron". "¿No viste quién fue el que mató a los pacos?" "No. Yo estaba en el parque, cantando, con otros amigos, y unos hombres se pusieron a pelear y vi caer al paco, como usted dice, y apreté a correr". Ninguno de los dos sabía nada. "No me pegues, tira de m..." "Confiesa, carajo". "No no no no sé nada, señor, se lo juro por mi mamacita". "Habla o te saco la mugre". No se encontró arma alguna. El médico dijo que las heridas habían sido causadas por un cuchillo pequeño, tal vez de zapatero. Alberto y Ricardo eran zapateros, pero Ricardo desapareció; de seguro era el asesino, se supuso. Cinco meses detenidos, cincuenta y un días con grillos. Por fin, los echaron. Salió de la cárcel más arrogante y más independiente que nunca, odiando ahora a los policías con uniformes o sin él y con algunas confusas ideas sobre la manera de conseguir dinero sin necesidad de permanecer días y días clavando tachuelas o cosiendo zapatos.)

Un compañero de calabozo le abrió los ojos. "Espérese que salga y hablaremos". Una tarde, mientras hacía ejercicios y se bañaba en un canal—en la pieza del conventillo no había baño y tampoco se podía hacer ejercicios, era muy chica y entre él y la Rosa María la llenaban de una vez—, un caballero se le acercó y le preguntó: "¿En qué trabaja usted?". "Y a usted ¿qué le importa?", fue la respuesta. Se había puesto agresivo. Sabía ya que la arrogancia y la independencia encuentran rechazo en mucha gente, mucho más en los policías; pero como tenía un cuerpo bien desarrollado y sabía algo sobre la libertad, continuaba siéndolo, casi gozaba siéndolo. "La verdad, no me importa nada", contestó sonriendo, el caballero, que al parecer era también un hombre independiente. "Sólo quería preguntarle si le gustaría trabajar conmigo". "¿Trabajar? ¿En qué? ¿Tiene alguna fábrica?". El caballero sonrió de nuevo y se presentó: "Soy escultor y necesito un modelo. Usted tiene buena figura y me servirá". Jamás había oído hablar de

aquello. ¿Escultor, modelo? ¿Qué clase de trabajo es ése? ¿Cuánto pagan? Estaba desnudo y el caballero estaba, por supuesto, vestido, y fue imposible continuar, en esas condiciones, el diálogo. El señor le dio su nombre y una dirección. "Vaya a verme y hablaremos". Empezó a trabajar como modelo y le pagaban tan poco como cuando era zapatero; pero resultó buen modelo y el caballero escultor lo recomendó a unos pintores y le dieron trabajo en una escuela de pintura. Siguió ganando poco, pero ya no tenía que clavar tachuelas, lijar tacos o raspar suelas. Se puso más arrogante, con la conciencia de que tenía un cuerpo de modelo, ese cuerpo que veía en los dibujos de los pintores y en los bocetos del escultor, y sentía que era injusto tener un cuerpo de modelo y ganar poco y no tener buena ropa. Es cierto que los pintores ganaban tan poco como él y andaban tan mal vestidos como él, pero ése era asunto de los pintores; él quería ser algo más que lo que era y tener algo más de lo que tenía. Era anarquista individualista—pensaba— y no tenía por qué preocuparse de que otros anduviesen bien o mal vestidos, sobre todo si no les importaba. Pero ¿qué era necesario hacer? El hombre del calabozo estaba condenado a 3 años y un día de prisión y aún le faltaban unos meses para salir. Robar, eso hacía el hombre, pero robar significaba tanto ganar rápidamente dinero como ir rápidamente a la cárcel. No se podía elegir y uno no sabía qué le iba a tocar si lo intentaba: si ganaría mucho dinero de un tirón o si de un tirón lo condenarían a varios años de cárcel. ¿Qué se podía hacer? Si se era zapatero o modelo, pobreza; si se era ladrón, cana. Elige. En el segundo término de la alternativa entraba un factor bastante atrayente: dinero, pero en el otro aparecía algo fascinante: libertad. Jamás olvidaría la impresión que sintió al salir a la calle después de varios meses de prisión. Además, no le gustaban los ladrones que conocía, gente de poco vuelo, peor vestida que él; sin contar que no era fácil robar. "No es muy difícil", dijo Enrique Cáceres, conocido por el apodo de El Chambeco, persona que también había oído hablar de libertad, de la explotación del hombre por el hombre y del Único y su Propiedad, aunque no sabía quién era ese Único ni qué propiedad tenía. Por lo demás, la propiedad era un robo. "Mira". Pasó frente a la frutería, miró hacia adentro, estiró la mano, cogió un racimo de uvas y se fue. Alberto también pasó, miró hacia adentro, vio que el frutero estaba descuidado, tomó una manzana y se fue. Detrás pasó Antonio, el tartamudo, e hizo o quiso hacer lo mismo, pero tartamudeó al escoger lo que iba a robar, una pera, y el frutero levantó la cabeza, lo vio, lanzó un grito y salió como un temporal. Los amigos huyeron. Se rieron mucho de lo ocurrido y Cáceres y Alberto imaginaron robos en dólares, en libras esterlinas, en coronas suecas, barras de oro; pero ni las barras, ni las coronas, ni las libras ni los dólares están, como las uvas, las peras o los duraznos, en canastos o cajones, al alcance de las manos, sino dentro de los bancos, en cajas de hierro guardadas por gente que no vacilará en matar a quien vaya a robar siquiera sea un centavo. Por esos días unos anarquistas franceses asaltaron bancos y robaron grandes cantidades de dinero. Es cierto que mataron a algún empleado y tal vez a un policía, pero lo natural es que en los asaltos alguien corra el peligro de ser herido o asesinado. Ahí estaba el camino: robar en grandes cantidades. Por ahí se iba, a alguna parte, por ahí se podía llegar a ser algo y tener algo, sobre todo, de tener más de lo que se tenía siendo modelo o zapatero. Había que aprender a manejar automóviles, estudiar tal vez mecánica. La ciudad, por lo demás, estaba llena de gente que quería llegar a ser algo, tener algo. Algunos tenían condiciones para esto o para lo otro y no lo sabían y otros lo sabían y no podían llegar a ser nada, otros querían ser lo que no podían ser y nadie los dirigía y casi todos terminaban sentados ante las bancas de zapateros, arriba de los andamios de las construcciones, en los calabozos o en cualquier parte. "Quiero ser algo". "Hazle empeño. A ver si puedes". "Quiero tener algo más". "Adelante. Búscales". Pero era difícil. Antonio era uno de los pocos que no quería llegar a ser nada más de lo que podía ser: un buen maestro barnizador; con eso se daría por satisfecho. ¿Ser bandido, asaltar bancos, robar grandes cantidades de dinero? No. ¿Cómo, si era tartamudo? ★



—¿A quién prefiere, mijito...
al papá o a la mamá?
—¡A la Brigitte Bardot!